

A lo único que Adriana Calvo se resignó fue a ir al arco, espacio al que la confinó a una abrumadora mayoría masculina de hermanos. Dice la leyenda también que no le sentaba bien esa posición. Quizá esa marca infantil sea el único registro de resignación que le conocemos.

Adriana fue la primera testigo del juicio a las juntas. Puso en palabras ante la Cámara Federal lo que desde el día siguiente a su liberación empezó a hacer: retener vivos en su memoria a los compañeros con los que había compartido cautiverio para poder dar testimonio por ellos y buscar justicia. En su testimonio hasta se percibe la fuerza que hacía por no olvidar, incluso entre sollozos.

A Adriana la conocí justo el día en que el Pozo de Banfield se abrió al pueblo, sin la policía adentro. Recuerdo la ronda que hicimos todos para escucharla hablar de las compañeras y de la muralla humana que armaron para que los genocidas no le arrebataran de sus brazos a Teresa, la beba que había parido en ese trayecto desde la Comisaría V de La Plata. Ese día, además, empecé a militar en un medio de comunicación alternativa y, desde entonces, me dediqué a cubrir temas vinculados a derechos humanos. No es sobre mí este relato, pero sí sobre la marca que Adriana dejó en muchos de nosotros.

Si algo nos enseñó es que tenemos que esquivar la resignación -- incluso la resignación de los diez años de su ausencia. Está cada vez que escuchamos la potencia de su testimonio como marca indeleble por el juicio y castigo y en sus compañeros y compañeras de la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos, con quienes nos abrazamos a la distancia, con apretujones virtuales, tristes pero dichosos por haberla conocido.

**Luciana Bertoia**